

bia, toda llena de adoracion por el espíritu de Cristo, enemiga de las fórmulas y penetrada de la idea de la gracia que ha hecho decir á los filósofos, que así, en lugar de la justicia divina se ponía lo arbitrario. Pablo predicando la *locura de la cruz* llegó á Roma poco antes del gran incendio de 64 y ahí se pierde su huella para el historiador, pero las bases de la doctrina cristiana estaban zanjadas definitivamente.

Este es el cristianismo bajo su aspecto histórico. A los que profesaban el dogma divino de la caridad achacaron los esbirros de Neron, el incendio de Roma. La persecucion tenía una base legal. Los que tal cosa niegan parten del error de que en la Roma pagana había libertad de cultos; es cierto que el carácter utilitarista del romano lo hizo, por regla general, respetar todas las religiones nacionales en sus respectivos centros religiosos y solo perseguía á las que, como el druidismo, eran un agente constante de perturbacion y de revuelta. Pero las religiones solo tenían existencia legal cuando el Senado les había dado su pase y aunque es verdad que en Roma vivían tolerados todos los cultos orientales, sobre todo los orgiásticos, como los de Isis, de Mithra, de Sabasius, que halagaban mas las supersticiones populares que los dioses antiguos y que reemplazaban al viejo politeísmo greco-latino, casi muerto ya, existía una vieja ley contra los cultos extranjeros, recientemente aplicada por Tiberio contra el culto de Isis y contra los judíos, que podía servir para el caso. Además los judíos y los cristianos negaban resueltamente que los dioses de Roma fuesen los verdaderos, de ahí el *sacrilégio*, no adoraban á la diosa *salud* cuando los emperadores se restablecían de sus enfermedades, ni adoraban las estatuas del príncipe, ni lo acataban

como *sumo pontífice*, todo lo que daba origen á la aplicacion de la ley de *majestatis* (de lesa majestad) y por último se reunían en asambleas nocturnas para leer las terribles imprecaciones de los profetas contra los ídolos y contra Babilonia, que podían adecuarse perfectamente á Roma, y estas eran asambleas sediciosas. No se necesitaba, pues, de la calumnia para perseguir á los cristianos; sin embargo, era tan contrario al espíritu cosmopolita del imperio una persecucion religiosa que para cohonestarla, llovieron contra los cristianos las más abominables calumnias.

Aunque la persecucion no se extendió fuera de Roma, la impresión causada por los suplicios ordenados por Neron fué inmensa en el mundo cristiano; el estado de exaltacion mística en que estaban las almas se exacerbó con el dolor y del seno de las comunidades cristianas del Oriente, partió el anuncio de la ira del Omnipotente, en la forma judaica de un *apokalipsis* ó revelacion. El apokalipsis cristiano apareció poco despues de la muerte de Neron y cuando los orientales creían que no había muerto y que volvería á la cabeza de los parthos para restablecer el reino de Satanás, que debía preceder inmediatamente á la venida de Jesús. El nombre de Neron *Kesar Nero*, está oculto en la famosa cifra de la bestia 666 y el profeta de Patmos, lo considera como un verdadero *antecristo* y á Roma como gran representante del mal sobre la tierra.

Cuando concluyó esta gran drama, cuando el miserable Tigellinus, hubo saciado su odio aun en las sectas filosóficas, sobre todo en los estoicos, los eternos conspiradores en favor del pasado republicano, Neron ordenó la reconstrucción de Roma sobre un plan nuevo y desde el Palatino al Esquilino se fabricó una inmensa casa en donde

aglomeró y realizó las mas extrañas fantasías del lujo oriental; los romanos la llamaron *la casa de oro*. Para satisfacer caprichos tan extravagantes, para hacer frente a sus inauditas prodigalidades (había manjares en la mesa imperial que costaban hasta \$200,000.) Neron se proporcionaba recursos organizando el saqueo de los ricos, por medio de leyes suntuarias, de las provincias, de los templos y de los dioses.

El disgusto general favoreció la formacion de una vasta conspiracion de carácter militar, sobre todo, cuyo objeto principal era destruir al tirano, pero cuyos planes para despues de consumado el crimen se ignoran y en la que tomó parte lo mas granado de la aristocracia romana. Un ambicioso de gran influencia sobre las masas, Calpurnio Pison, se puso á su cabeza. Un liberto de uno de los conjurados denunció la trama en momentos de realizarse; empezaron las prisiones, la tortura, las confesiones, aparecieron complicados Séneca, Lucano, que denunció á su madre, Asinius Pollion, etc. Una cortesana, Epicharis, fué mas valiente que todos los conspiradores. Las ejecuciones comenzaron. Pison, Rufus, el prefecto del pretorio, buen número de tribunos, centuriones y soldados perecieron. Séneca y su esposa tuvieron el privilegio de morir á su antojo y se hicieron abrir las venas, pero la mujer sobrevivió: Lucano corrió la misma suerte; otros como el cónsul Vestinus y el cónsul designado, Lateranus, fueron ejecutados. La espléndida casa de este último fué confiscada y dada luego por Constantino á los papas; hoy se llama la basilica de Letran.

Parecía que tantas confiscaciones, tanta sangre, habrían saciado la crueldad y la avidez de Neron, pero la muerte de Poppea, á quien su régio amante mató de un golpe en un arrebató de ira, es-

poleó de nuevo sus instintos brutales. Las órdenes de muerte se sucedían con espantosa rapidez; en este segundo período de terror, perecieron entre otros muchos, el estóico Thrasea Petus, que murió heroicamente, lo mismo que Boreas Soranus, y algunos epicureos como el voluptuoso Petronio, murieron con igual valor. Incapaces de organizar una protesta eficaz contra la tiranía durante su vida, retirados á los placeres los sectarios de Epicuro, y al seno de la filosofía y de las virtudes domésticas los sectarios de Zenon, ninguna influencia duradera pudieron ejercer sobre la marcha política de la sociedad romana; solo una cosa supieron hacer admirablemente: morir.

Despues de estas ejecuciones, Neron, poseido del vértigo del miedo, empezó á perseguir, insensato, á los generales que guardaban las fronteras; una de estas víctimas fué Domicius Corbulon, á quien se obligó á venir á Grecia para hacerlo morir (67.) Y mientras esto pasaba, los impuestos crecían, el ejército no estaba pagado, no se hacían distribuciones de trigo en Roma, y los viajes triunfales del emperador pesaban gravemente sobre las provincias; cuando Tiridates, lo visitó en 66, los gastos de la recepcion del soberano de Armenia fueron tales que las provincias quedaron literalmente arruinadas.

Soñando guerras imposibles ú obras colosales como la apertura del Istmo de Corinto, llevando á la Grecia ejércitos armados de la lira en vez de la espada, burlándose de los dioses, como el Apolo délfico, saqueando los templos y embriagándose con los aplausos serviles de los griegos, celebrando triunfos inverosímiles en Roma, en medio de un boato extravagante, Neron llegó al año 68. Estaba en Nápoles cuando supo la rebelion de Vindex en las Galias y enloqueció de furor porque



el general insurrecto lo llamaba *un mal cantante*. Vindex reunió un fuerte ejército de galos y llamó en su auxilio á Galba, antiguo soldado de noble alcurnia que se habia ocultado, digámoslo así, á las miradas recelosas de Neron en su gobierno de España. Hombre ambicioso pero frio, no acudió al primer llamamiento de Vindex, mas comprendiendo que la lucha era inevitable se preparó á aprovechar la oportunidad. Como Galba, despues de muerto Corbulon, era el hombre más respetado del ejército, á él dirigieron los ojos todos los que ansiaban derribar á Neron, y entre ellos estaba un antiguo compañero de placeres del tirano. Othon, el marido repudiado de Poppea, que accedía en el gobierno de otra de las provincias españolas, el momento propicio de satisfacer sus rencores.

Mientras Neron perdía el tiempo en proyectos extravagantes y en lamentaciones imbéciles en Roma, los acontecimientos se precipitaban en las Galias. Es verdad que Verginius Rufus, con las legiones de la alta Germania, habia marchado en auxilio de Lyon, sitiada por los eduos y los secuanos, y cerca de Besanzon, habia derrotado á Vindex, que pereció en el combate; pero el vencedor vacilaba ya. Galba, entretanto, se habia sublevado en España, proclamándose emperador. Fonteius Capito hacia lo mismo en Iliria, Clodius Macer en Africa seguía igual camino y detenía las remisiones de trigo que alimentaban á Roma, y solo Vespasiano, que estaba encargado de sofocar una terrible rebelion de los judíos, permanecía en expectativa; inútil es decir que todos los rebeldes invocaban la autoridad del Senado, á cuyo prestigio bastaba la tradicion.

El emperador, espantado con las noticias que le llegaban de todas partes, rodeado de un pueblo hambriento y se-

guro de la defeccion de los pretorianos, á quienes uno de los prefectos del pretorio, Ninfidius, habia sobornado con la promesa de un enorme donativo, se decidió á huir del palacio ya desierto. Se refugió en la *villa* de Faon, uno de sus libertos, y ahí, al saber que el Senado lo habia declarado enemigo público, se decidió á darse la muerte: «¿qué artista vá á perder el mundo?» exclamaba en medio de sus vacilaciones. Ya se acercaban los soldados encargados de prenderlo, cuando se clavó un punal en la garganta; su secretario Epafrodito, le ayudó á consumar el suicidio. Así acabó la dinastía fundada por César.

Muchos dudaron que Neron hubiese muerto, entre ellos el autor del Apocalipsis. Gracias á esto, algunos impostores tomaron su nombre é intentaron conmovier el imperio. Cosa singular! Neron fué durante varios siglos el emperador más popular entre los romanos, y su sepulcro tuvo flores durante mucho tiempo. «Es, dice Michelet, que estos emperadores aparecian siempre ante el pueblo como defensores de la humanidad; su barbarie solo habia herido á los grandes.»

*Tres Césares de aventura.*—Galba, Othon, Vitelio.—(68—69). El anciano Galba que al conocer la derrota de Vindex habia intentado suicidarse, pasó los Pirineos en cuanto supo la muerte de Neron y recibió en la Narbonesa á los diputados del Senado y el reconocimiento de Verginius. Ninfidius gobernaba entretanto en Roma y evidentemente buscaba un modo de apoderarse del imperio, pero los pretorianos lo mataron. Galba, despues de castigar severamente á las ciudades galas que habian permanecido fieles á Neron y de premiar á las que habian favorecido á Vindex, entró en Roma.

Afectó una gran austeridad de cos-

tumbres y sobre todo un amor á la economía que rayaba en avaricia; así es que aun cuando Fonteius Capito y Clodius Macer sus rivales, habian perecido y Vespasiano mandaba á su hijo Tito á prestar juramento al nuevo emperador, un disgusto sordo y tenaz dominaba entre los pretorianos, á quienes no se habia dado el donativo prometido y en una parte del ejército, p. e. en las legiones de la Germánica, que secrecian ultrajadas. Con todo, á pesar de su severidad, Galba se dejaba gobernar por Vinus, su lugarteniente en España, protector y suegro de Tigellinus, que vivió gracias á él, por su prefecto del pretorio Lacio, y por su liberto Icellus: los tres se disputaban aquella presa efímera.

Othon que se habia arruinado por Galba, necesitaba del imperio y creía que el anciano lo adoptaría. No fué así, sino que adoptó á Pison, especie de Caton que no ofreció ningun donativo á la tropa. Othon que tenia ya gran partido en los pretorianos los sublevó y Galba abandonado de todos fué muerto en una plaza pública de Roma, entre las oleadas del populacho aglomerado para presenciar el desenlace de la sedicion (Enero de 69). Así pereció despues de un reinado de siete meses este hombre «que fué superior á la condicion privada mientras permaneció en ella y que hubiera parecido siempre digno del imperio á no haber sido emperador.» (Tá-cito).

Othon se mostró desde los primeros momentos clemente y lleno de respeto por el Senado, á quien tuvo ocasion de proteger contra una terrible intentona de los pretorianos. No pudo impedir la satisfacion de algunas venganzas y algunas ejecuciones como la del impuro Tigellinus, pero inauguró bastante felizmente su reinado, aunque su excesiva condescendencia con los pretorianos, autores de su fortuna, hacia prever dias malos.

Othon no tuvo tiempo para nada: Galba habia puesto á la cabeza de las legiones de la baja Germania á un hombre dotado de los más brutales instintos y crasamente inepto, Vitellius, que habia pasado sus primeros años en Caprea al servicio de Tiberio: Vitellius fué adorado de los soldados, porque los dejaba hacer cuanto querian, verdadero esclavo de las legiones, no su general. Irritados profundamente contra Galba y dirigidas por dos ambiciosos, Valens y Cecinna, los ejércitos de la baja y del alta Germania proclamaron emperador á Vitellius, dirigiéndose á Italia, un cuerpo por el gran San Bernardo al mando de Cecinna, otro al mando de Valnes por el *Mont Cenís*, Vitelio debia seguirlos con el tercer cuerpo. Las Galias temblaron ante aquellos soldados indisciplinados y feroces que todo lo pillaban y que no arruinaron para siem pre las ciudades todas de las provincia gracias á los gruesos rescates que pagaban.

Othon habia logrado formar un ejército muy indisciplinado tambien, pero que debia reunirse á las invencibles legiones del Danubio, en donde figuraban generales como Suetonius Paulinus y Verginius. Los ejércitos se encontraron en la llanura del Pó y gracias á la condescendencia de Othon con los soldados, se libró la batalla, contra la opinion de Suetonio, cerca del campamento de Bedriac. Una parte del ejército othoniano fué vencido y el emperador que estaba en Bricellum (Brescia) resuelto á no continuar la guerra, se dió la muerte con una tranquilidad eatoniana; el ejército lloró amargamente á aquel valiente y muchos soldados se suicidaron de dolor (Abril 69.)

Cuando Vitelio llegó al campo de Bedriac cuarenta dias despues de la batalla, cuando estaba todavía el terreno lleno de cadáveres y hirió pronunciado